

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

NO ME ACONSEJES, SÉ EQUIVOCARME SOLO

Consejos de un padre a su hijo. Entre los apacibles y más comunes procedimientos retóricos, útiles al escritor, mercedores de estudio, figura ese postrer salvavidas que intenta ceñir el padre a la cintura de su hijo antes de que este, ya vibrante de oscuras premoniciones, se eche a navegar en las procelosas aguas de la existencia. El salvavidas verbal se suele expresar en una especie de decálogo de advertencias o consejos con los que el muchacho deberá, supone el padre, regir su conducta, cuando allá lejos, entre desconocidos, se aventure sin tutela en los riesgos de la autonomía.

Ciertamente estos avisos o exhortaciones tienen poca esperanza de ser observados por el muchacho, no por desobediencia contumaz, sino porque las acciones humanas se vienen encima demasiado aprisa y en confusión, no con la calma y claridad que permiten deliberar, y porque, además, es improbable que en una persona en pleno ardor juvenil una razón logre desmontar, atenuar o suprimir en forma alguna un deseo. Antes al revés, como estableció Hume, la razón suele ser sirvienta de las pasiones.

No obstante, estos códigos paternales han tenido cierto desarrollo literario, pues son oportunidad de exhibir *in nuce*

el conjunto de ideales de conducta de una época, y con eso, en parte, la *paideia* o educación de esa época.

De estos decálogos el más famoso es, creo, el que Polonio expone a su hijo Laertes, antes de partir para Francia, en *Hamlet*, de Shakespeare. Dice así:

Lleva contigo mi bendición, y en la memoria estos consejos: no preses tu lengua a tus pensamientos ni hagas cosas sin pensar. Sé afable, pero no vulgar en tu trato. Une a ti con vínculos de acero a aquellos amigos firmes que ya hayas calado. Pero no te prodigues con los que acaban de salir del cascarón, aún sin plumas. No entres en contiendas, pero, si entras, que tu adversario tenga que huir de ti. Presta tu oído a todos y a pocos tu voz. Oye las murmuraciones de los demás, pero reserva tu propio juicio. Que tu atavío sea tan caro como pueda tu bolsa, pero que nunca sea afectado. Rico, pero no ostentoso, porque el traje proclama a quien lo lleva, y caballeros y principales franceses tienen apreciaciones refinadas en esta materia. No prestes ni pidas prestado porque quien presta pierde dinero y amigo, y quien suele andar pidiendo falta al sentido de orden y economía que es indispensable tener. Pero esto sobre todo: sé sincero contigo mismo y sigue a esto, como la noche al día, que no vas a poder ser falso con los demás. Adiós y recibe mi bendición.

Poco o nada tiene de peculiar, inventivo o particular este decálogo; es sapiencia heredada, lugares comunes de una época, y en parte por eso es revelador.

||
Más consejos.

Salgari, Verne, Kipling, Stevenson, Sabatini, Dumas y ahora Pérez-Reverte (que ya no me tocó en la edad debida, no obstante me gusta) son inevitables lecturas de adolescencia. Es un don peculiar la intuición de lo que puede estremecer y dejar expectante que atraviesa la pubertad, no cualquiera puede hacerlo, sino más bien unos cuantos autores. Con los que siempre somos malagradecidos, avergonzados en nuestro empaque adulto y pedantesco de que esa literatura nos haya emocionado tanto. Pocos son los que, como Graham Greene, se atreven a confesar que prefieren leer a Conan Doyle que a Virginia Woolf, aunque muchos reconozcan *in pectore* predilecciones como esta.

Entre los pocos y escogidos maestros de la aventura vertiginosa figura también Miguel Zévaco. Gozó fama, está hoy olvidado casi por completo, no figura en la hoy olvidada, pero no por mí, que la estimo muy superior a lo que he visto en internet, Enciclopedia Británica (la última entrada de la Enciclopedia es el nombre Zywny, Zywny, Wojciech Adalbert, pianista y violinista del siglo XIX, primer maestro de piano de Chopin.)

Pero sigamos, Zévaco es autor de *Los Pardaillan*, maravillosa serie de novelas

de capa y espada, de tiempos de las hostilidades entre católicos y hugonotes. Pues bien, ahí, en el primer tomito, prometedoramente titulado *En las garras del monstruo*, se pueden leer los tres consejos que le dio su padre a Juan Pardaillan, su hijo, y son en esencia estos tres pintorescos avisos:

Primero, desconfía de los hombres. No hay ninguno que valga tanto como la cuerda que podría ahorcarlo. Si ves a uno que se ahoga, échale tu sombrero y pasa de largo. En segundo lugar, desconfía de las mujeres. La más dulce oculta una furia. Sus finos cabellos son otras tantas serpientes que rodean los cuerpos de sus víctimas y las ahogan. En tercer lugar, desconfía de ti mismo. Sobre todo de ti mismo...

De estos consejos se siguen los 24 tomos con las aventuras del destinatario de los avisos. —

— HUGO HIRIART

POLÍTICA

GARCÍA MÁRQUEZ Y CUBA: CINCUENTA AÑOS DE SOLEDAD

A cabo de leer el informe preparado por Daniel Wilkinson y Nik Steinberg, de Human Rights Watch, sobre Cuba, que ofrece una visión y un juicio reveladores de la situación política en la isla, por lo que llamó de inmediato mi atención. Comenzaba citando un hecho muy significativo que yo desconocía o había olvidado por completo: en 1980, poco antes de obtener el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez confesó a *The New York Times* que, tras haber pasado tres años escribiendo un libro sobre la Cuba de Castro, había decidido no publicarlo porque “ahora me doy cuenta de que era tan crítico que podría ser usado contra Cuba, así es que me negué a publicarlo”.

Esta declaración es penosa, indignante y completamente inaceptable. Uso esos calificativos no sin sentir pesar, pues, aparte de la admiración que tengo por su obra literaria, hemos mantenido, pese a la distancia física, una amistad por varias décadas; pero justamente en nombre de esa vieja amistad no puedo dejar de decir lo que le diría en persona (aunque sé que ahora mismo su salud no es muy buena). Su declaración constituye un caso flagrante de autocensura que se basa en un argumento a todas luces insostenible. Ese argumento ha sido repetido hasta la náusea por muchos intelectuales y políticos —algunos respetables en otros aspectos— y es una herencia de la guerra fría que funcionaba como una conveniente mordaza para bloquear toda crítica a los países comunistas porque eso era “darle armas al enemigo”. García Márquez lo recicla del modo más explícito y crudo, sin darse cuenta de que así lo vuelve contraproducente pues hace pensar que está encubriendo realidades peores de lo que ya eran. Son los riesgos de su incondicional apoyo a una causa política que a lo largo de cincuenta años lo ha llevado a defender lo indefendible, al punto de tolerar ciertos métodos del castrismo de los que él mismo es víctima. Por testimonios propios y ajenos se sabe, por ejemplo, que durante sus frecuentes viajes a Cuba su amigo Fidel, que pone a su disposición un avión privado, un auto de lujo y una mansión en un barrio exclusivo de La Habana, él bien sabe que está bajo constante vigilancia policial y que sus conversaciones privadas son grabadas. Es el pequeño precio que hay que pagar por militar en el paraíso socialista.

El informe es incisivo pero equilibrado pues no se ahorra críticas a la política hemisférica de Estados Unidos, que históricamente ha apoyado a dictaduras no menos odiosas que la de Castro y que, pese a que el embargo no ha funcionado en absoluto —aparte de las casi unánimes resoluciones condenatorias aprobadas por Naciones Unidas—, sigue aferrado a él. Esto último brinda un conveniente argumento para reprimir a los opositores del régimen y hacerles a estos más difícil desarrollar sus actividades: aparte

LA PAZ EN EL MUNDO

El Institute for Economics and Peace, organización sin fines de lucro basada en Australia, ha publicado su Índice de la Paz Global de 2010, un mapeo basado en 23 indicadores para calificar a los países de más a menos pacíficos.

En la tabla, Nueva Zelanda ocupa el primer puesto (el país más pacífico de los estudiados), e Iraq, el último entre los 149 analizados. México, en el lugar 107, comparte el mismo puntaje que Arabia Saudita. De los países latinoamericanos, los que están por debajo de México (es decir, que son menos pacíficos) son sólo Guatemala (112), Haití (114), Venezuela (122), Honduras (125) y Colombia (138).

Algunos de los indicadores que juegan negativamente para México, según el reporte completo, son el nivel de respeto a los derechos humanos, el número de homicidios por cada 100 mil personas, la facilidad de acceso a las armas ligeras, el nivel de criminalidad percibida por la sociedad, la probabilidad de manifestaciones violentas y, sobre todo, el nivel de crímenes violentos (apartado en que compartimos la calificación de, por ejemplo, Iraq, Somalia o Afganistán, que ocupan los tres últimos puestos de la lista global).

El Índice, que no contempla indicadores relativos a las libertades políticas y civiles, ubica en posiciones favorables a algunos estados totalitarios. Cuba, por ejemplo, tiene calificación negativa sólo en lo tocante al número de policías por cada 100 mil habitantes y a la cantidad de población encarcelada. A Colombia, el peor país de la región según el estudio, lo pierde el potencial de actos terroristas, el número de desplazados y, como a México, el número de homicidios y el respeto por los derechos humanos.

Estados Unidos, por su parte, se ubica en el puesto número 89. Su población encarcelada, su capacidad militar, el número de conflictos armados externos en los que participa, su potencial de actos terroristas y su bajo nivel de respeto por los derechos humanos lo colocan en esa posición. —

de anticastristas, aparecen como antipatriotas y por lo tanto como una víctima de sus víctimas. Eso debilita a la oposición y la fragmenta.

El drama cubano se juega sobre un trasfondo histórico (el informe lo tiene en cuenta) que explica por qué la independencia de Cuba fue tardía y más

bien nominal pues pasó de ser parte del imperio español a caer en la esfera de influencia de Estados Unidos y luego, con la revolución, entró en la órbita del comunismo, en la cual aún permanece, aunque esa ideología ya no existe en Rusia ni en Europa. Cuba ha sido y es un anacronismo, un pequeño país sometido a grandes presiones geopolíticas. Martí las vivió y las profetizó usando una imagen bíblica para caracterizar su lucha por liberar su patria: “Mi honda será la de David.” Nueva y desgarradora paradoja: el legado de ese gran libertario ha sido asumido tanto por el autoritarismo de Castro como por los exiliados que quisieran verlo muerto para poder retornar a su tierra. Hay dos Cubas (eso también lo presintió Martí) formadas por hermanos separados como estirpes enemigas.

Los cubanos no se distinguen por su amor a la disciplina o a la autoridad. Es, por eso mismo, casi asombroso que Castro haya logrado, en medio de graves penurias cotidianas de todo tipo, aplastarlos bajo su implacable mano de hierro. No hay piedad para el que intente el menor desvío de la ley revolucionaria, ni siquiera para el que sueñe discutirla: en Cuba está prohibido pensar por cuenta propia. Sólo en Corea del Norte, China y algunos países africanos alcanzan ese ilimitado nivel de brutalidad y crueldad.

De los muchos casos que el informe recoge, sólo cito dos: un humilde zapatero, activista asociado con un grupo de derechos humanos, fue despedido de su trabajo, detenido y sentenciado por “peligrosidad” (esa palabra es clave en el vocabulario policial del castrismo para perseguir a cualquiera que todavía no ha cometido un delito), estar vinculado a personas de “baja moral y conducta social”, ser un “malejemplo para las nuevas generaciones” y hasta “por pensar que es guapo” (!); y un preso político que se atrevió a leer en voz alta a sus compañeros de prisión la Declaración Universal de Derechos Humanos fue sometido a nuevo juicio y a más años de cárcel cuando se negó a obedecer a un guardián que le ordenó tragarse —literalmente— el documento.

La insularidad geográfica y cultural de Cuba ha facilitado su aislamiento y marginación de la comunidad de naciones regidas por normas civilizadas. Y ya sabemos, precisamente por las últimas líneas de la obra maestra de García Márquez, que las estirpes condenadas a esa larga soledad histórica no tendrán “una segunda oportunidad sobre la tierra”. Extraño que el autor lo haya olvidado. —

— JOSÉ MIGUEL OVIEDO

IN MEMORIAM

VIVO RECUERDO DE EDOARDO SANGUINETI

Vivir se me ha vuelto ver morir, sufriendolo. Ahora es el poeta y crítico italiano, brillante y quizás harto de serlo, inteligente y discreto, de cultura derramada en todos los sentidos, Edoardo Sanguineti, el que se retira de un escenario que queda empobrecido, sin que se pueda obviar ese lugar común.

Hay personalidades con las que no siempre se coincide en todas sus facetas, pero a las que no se puede dejar de tener en cuenta, aunque sea para discutir las, y los italianos parecen haber inventado el cambiante molde de este tipo de criaturas. Pero no me siento capaz de repasar la rica trayectoria de este hombre inagotable. Que integrara con Paz el cuadrivio de *Renga* lo acerca a México. A mí me lo acercó años antes un libro sobre la vanguardia publicado en Venezuela y, muchos años después de eso, el que coincidiéramos en Colombia en un congreso inquietante, como a veces lo son, cuando no tocan soporíferos. Lo de inquietante no es arbitrario. A medianoche, un ruido impropio de la hora me llevó a pensar, por costumbre, en un grupo de rioplatenses en tren de festejar algo. Digo por costumbre, porque algunas veces me ha tocado descifrar así ruidos impropios. La primera vez me equivoqué: apenas se trataba del coletazo del terremoto de Valdivia. Esta, también:



El inagotable poeta italiano.

era sólo la explosión que había puesto fin a una robusta paloma en bronce de Botero y, de paso, a un montón de pacíficos vendedores callejeros que no sé qué festejarían los pobres, tan a la mano de revolucionarios sagaces, a unas cinco o seis cuadras del hotel.

También me habían pedido leer un extenso y desubicado poema al maíz, de una colega japonesa, obligada por el refinamiento oriental a descender a un tema que, siéndole del todo ajeno, ella suponía obligado en un congreso latinoamericano, aunque no fuese agrario. Me sentí incapaz de leerlo sin un cepillado intenso, que debe haber arrastrado también anteriores ajustes de otro colaborador, que no había llegado al fondo, como tampoco lo hice yo. La labor resultó agotadora y balsámica la oferta de los organizadores de visitar el notable jardín botánico de Medellín. Cuando llegué corriendo al autobús que nos esperaba para no quedar sin asiento, descubrí que todo él era para sólo dos interesados: Sanguineti y una servidora. Escritores hay que se despreocupan de los elementos de la naturaleza, aunque echen mano de las sílabas que los representan, si piensan que dan lustre en un poema.

Sanguineti iba provisto de libreta y lápiz. En una oficina acopiamos un folleto con nombres científicos, orígenes de cada individuo o ejemplar, datos sobre cultivo, etc., pero él además inquiría nombres distintos según los

países, traducciones, más detalles científicos. Me sentí en riesgo de reprobar tanto examen pero nunca había tenido a mano alguien con tan visible interés en un campo que, según me consta, está cada vez más desahuciado.

Regresamos tarde. Creo que el Botánico no estaba cerca de la ciudad, a la que llegamos casi de noche. Cada uno en un doble asiento—había que justificar el derroche mecánico—, lo veía dormir o quizás rumiarse tanto verde visto y caminado—sin que dejara de masticar un palito, no sé si siempre el mismo de todos los días.

Todavía no he dicho que Edoardo Sanguineti parecía carecer de dientes. Sabía que venía de una operación y presumí que había sido al corazón y sería. En algunos casos de complicaciones cardíacas los médicos buscan orígenes en infecciones dentales y suelen no andarse con remilgos. Me extrañaba que la víctima no hubiese buscado ayuda en una dentadura postiza, pero quizás aun no había tenido tiempo. Pensaba también que sin duda había sido un fumador implacable y que el palito le hacía la ilusión de un cigarro. Iba reflexionando sobre estas cosas, apenada por el problema de mi curioso compañero de paseo, cuando “desde el fondo de mí y arrodillado”, saltó el oro o licorice. Era un gusto que nunca fue mi favorito, pero con el que tenía una relación sentimental. De niña, una tía y su amiga me llevaban a ver programas especiales de cine a una gran sala de conciertos y me compraban pastillas de goma, mientras ellas compartían las de negro oro o licorice. *In memoriam*, décadas después compré en París los palitos perfumados originales y supe que se criaban a orillas de arroyos. La explicación se me dio repentina y se exteriorizó: “¡Claro! ¡Es oro o licorice!” Desde su asiento en la penumbra del autobús llegó la aceptación de Edoardo Sanguineti: “¡Bien! Al fin alguien se da cuenta...”

Muchísimos años después, saqué de la biblioteca de Austin *Il gatto lupesco* y allí encontré, para mi sorpresa y cierta emoción, su registro de aquel paseo al Botánico. El oro o licorice no es menciona-

do. Aunque Sanguineti fue uno de mis “inolvidables”, soy culpable de no haber intentado agradecerle el recuerdo (mis pecados en ese plano son muchos y me

sé irredenta). Qué pena que haya llegado esta ocasión.

Traduzco la referencia, cuyas bastardillas implican español en el original:

Poema 30

no es un casco de vaca, tan solo, que es un vegetal, como se verifica en el pseudoedénico jardín botánico, donde un pájaro me ha dicho, cantando, no sé bien si habrá sido un benteveo, un bicho feo (y no supe así qué responderle): (me consolé pensando que hasta el sol fue, al principio, un bombrecito feo, muy mal becho y quizás un bombre pájaro cualquiera, un ave zonza y tonta, con pantorrillas preñadas, deformadas: entonces digo que me consolé, que ahora me confundo, entre personas, bestias,

astros, frutos:

pero son vegetales incluso *los besitos*, malditos, desgraciadamente, (como los *cuernos*, como los *cuernos de luna*): e inaceptables e inaprovechables por la pobre Pahola:

me puse en el ojal, al comprar el “Boletín SAO” (Vol. III, Nº 6), como caída de la planta, el buñuelito de áurea miel de un velero veraz (o bien, es verdad, de una cassia moschata):

y a mí me ha dicho (me ha hecho decir y redecir, con la intermediación de una Ida uruguaya): no me importa el poeta: (me va bien,

[está bien, pero no lo conocía, no me importaba: (por tanto no me importa): así es el hombre

[que importa, que me importa): el ser humano, ha dicho: (éste que, para entendernos, ayer escolté a comprar una campera, para su mujer, con su piel de nutria:

(estamos henchidos de amor, los bombrecitos, estamos llenos: *bajo las rodillas, sobre [los tobillos:*

y arriba y abajo, en un desbarajuste: para parirnos, al menos en los pulpejos, las [pasiones, las congojas): —

— IDA VITALE

BICENTENARIO NECROCORRIDO

Año de 2010, penúltimo día de mayo. Tomado por los militares, al Ángel de la Independencia se le extraen los huesos de los héroes que nos dieron Patria (y ahora tuétano) para llevarlos ante un laboratorio de CSI—Cadáveres Supuestamente de la Independencia, en español— que dirá, por fin, que Hidalgo es esa calavera agujereada y que Morelos no se nos perdió. Unos días antes el jefe de las conmemoraciones del Bicentenario, José Manuel Villalpando, escribió en un diario: “han esperado pacientemente allí, en

sus urnas solitarias que pocos han visto, sin que nadie los visite, sin que nadie se detenga ya no digamos a agradecer lo que hicieron, sino al menos a pensar en ellos”. Es como si se refiriera a una abuelita en silla de ruedas que espera la visita de sus nietos cada domingo desde hace doscientos años. Felipe Calderón, con los tanques sobre Avenida Reforma, dirige un discurso; los huesos en vitrinas o criptas negras se trasladan y termina “este acto solemne”. Un historiador, Masferrer, en la tele dice: “Hay que recordar que las pruebas de DNA arrojan que todos los amerindios compartimos a cuatro madres.” Del traslado al Castillo de Chapultepec y su exhibición por un año en Palacio Nacional se espera que,



Procesión ósea.

de una vez por todas, se oficialice que esos huesos son de los héroes independentistas. Y no de perro. “Le falta el sello de Oficialía de Partes.”

La historia de la necrofilia tiene casi veinte años. El 20 de junio de 1991, a las nueve de la mañana, el mismo Villalpando desenterró un ataúd forrado con plomo y zinc en el cementerio parisino de Père Lachaise por órdenes de Salinas de Gortari. Se creía que ahí estaban los huesos de Morelos. Sólo se encontró a su hijo, Juan Nepomuceno, a quien Juárez llamó “traidor” porque le rogó al emperador Maximiliano que no se fuera, que la cosa se iba a componer. Como cuando Salinas. Como ahora. No se vaya, lector.

Es el Congreso Nacional Constituyente el que nombra a Hidalgo, Morelos, Allende, Mina, Abasolo, Matamoros, Galeana, Jiménez, Rosales, los hermanos Bravo y a Moreno como “beneméritos de la Patria en heroico grado”, y deja fuera de la lista liberal a Iturbide. Es 1823 y ya muchos de los restos están hasta confundidos con huesos de animales o les faltan pedazos, pero los liberales necesitaban a unos padres fundadores de un país que existía sólo en sus cabezas, y los traen de todos los entierros posibles—como ahora en las noticias, con las cabezas separadas de los cuerpos— para concentrarlos en la capilla de San Felipe de Jesús dentro de la Catedral Metropolitana. Lo que llega es una red de agujeros, para citar a los porte-

ros mexicanos: el cadáver de Abasolo está en algún lugar de Cádiz; Leonardo Bravo, padre de Nicolás, revuelto con otras decenas de huesos en una fosa común de Veracruz; Hermenegildo Galeana no se encuentra; Víctor Rosales se supone que llega a la Catedral pero no resiste el primer traslado al Altar de Reyes; su nombre simplemente desaparece. Llegan los cráneos de Hidalgo, Allende, Aldama y José Mariano Jiménez, y el tronco de Pedro Moreno desde Guanajuato porque su cabeza está en otro estado de la república. Mina, Morelos, Nicolás Bravo y Matamoros llegan, aparentemente, completos. Como relataron Lucas Alamán y Carlos María de Bustamante, testigos del traslado de los huesos de los héroes: en el público estaban casi todos los que habían clamado por el fusilamiento de los libertadores y se les hacían misas desde los púlpitos donde antes se les había insultado y excomulgado. Es el caso. La derecha que nos gobierna hoy no puede celebrar ni los doscientos años de independencia, porque apoyó a Maximiliano y a Iturbide, ni los cien de la Revolución porque azuzó a los cristeros y luchó contra Lázaro Cárdenas. Si hiciera falta recordarlo con Calderón, rodeado eternamente de militares, el PAN es de cruzadas perdidas. Crean en la estabilidad sobre el cambio, en la seguridad sobre la libertad, en los comerciantes sobre los ciudadanos. En los huesos sobre el futuro.

En 1925, cuando Plutarco Elías Calles decide quitarle a la iglesia católica la posesión de los huesos heroicos y llevarlos a un lugar, si bien porfirista, por lo menos laico—a la Columna de la Independencia—, Morelos no aparece sino como un cráneo con una “M” pintada en la frente. No hay cuerpo. Y eso es lo que desata la teoría de que es, en realidad, la calavera de Matamoros o de Pedro Moreno. Tantos apellidos con la misma letra que uno se pregunta por qué a los enterradores no se les ocurrió otro método para diferenciar los cráneos. Morelos, quien había llegado de su sepultura por fusilamiento y sin decapitación (1815) en San Cristóbal Ecatepec a la Catedral de la ciudad de México, según las crónicas de la época, “con todo y sus botas”, ha desaparecido en algún momento en poco más de cien años.

Así que cuando Calles decide quitárselos a la jerarquía católica lo hace con lo que tiene a la mano el gobierno de la Revolución: coro de maestros de la SEP, soldados condecorados por las guerras contra Estados Unidos y Francia, y carrozas tiradas por mulas que van sobre Paseo de la Reforma: Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, en la primera. Morelos—es decir, Moreno—, Mina y Guerrero, en la segunda, seguido de Matamoros, Bravo, Quintana Roo y Leona Vicario. No hay mención de los huesos de Aducto Fernández, es decir, de Guadalupe Victoria, que era el único que había muerto de causas naturales, hipertrofia del corazón, con alucinaciones en las que “se le presentaba la patria como una sensación de terror”. El primer presidente de México fue también su primer ex presidente y, como todos ellos, vio a la Patria como un monstruo que no escuchaba sus instrucciones. Murió echando espuma por la boca y con los ojos muy abiertos.

Los restos que se extraen hoy no abonan a la memoria, como quisiera el necrófilo Villalpando, sino que se acumulan al “diez por ciento” de civiles muertos “en enfrentamientos con el crimen organizado”, a los cadáveres no identificados que se asume que son narcotraficantes, a los

estudiantes y niños del fuego cruzado. El Bicentenario de Calderón no podría tener otro foco que el de un ministerio público y un forense analizando si los huesos son de los héroes.

Si quieren encontrar a Morelos, búscuenlo debajo de la cama. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

LITERATURA

LA NOCHE DE LAS COINCIDENCIAS INÚTILES

A bordo del *Queen Mary*, “el Gran Barco del Mundo”, los jóvenes y desconocidos Jack Kerouac —ya un veterano en el vagabundaje— y Adolfo Bioy Casares —de viaje por Estados Unidos y Europa— se cruzan con el entonces aclamado W. Somerset Maugham. El encuentro casual de estos nombres, sólo reunidos en enciclopedias posteriores, es extraño y fugaz.

Al editarse el rollo mecanografiado de *On the road*, versión primitiva de la novela ahora traducida como *En la carretera* (en lugar del taoísta “En el camino”), deben reponerse las identidades de sus protagonistas, llamados de la misma manera con la que respondieron a los biógrafos y a la ley: Neal Cassady, Allen Ginsberg, William Burroughs, por sólo nombrar los célebres. Habrá que olvidar, pues, al personaje Sal Paradise. ¿Qué hace Kerouac, flotando sin un centavo, en un barco de inspiración inglesa y opulento tráfico en el que nadie encuentra a nadie? Unas líneas antes de comenzar el Libro Tres de la novela refiere al abordaje del *Queen Mary*, en el puerto de Nueva York, la noche de despedida de unos amigos que preparan la partida a Francia. El caminante Jack espera su turno en la pasarela y sube con otros frenéticos poetas a un camarote en el que se bebe whisky. En la fiesta, el lampiño Ginsberg lee sus poemas.

Quiénes serán llamados *beatniks*, en las costas norteamericanas del Atlántico y del Pacífico, fastidian a un caballero al que conocen de oídas: “Estábamos entorpeciendo el funcionamiento normal del

ascensor, y nos dijeron que Somerset Maugham, el famoso escritor, estaba que echaba chispas por ello.” En el barco, a esa hora, también está Truman Capote, al que Kerouac y la caterva ven tambalearse ebrio, marchar sostenido por dos ancianas y probablemente por su amante Jack Dunphy. La cronología publicada en *Un placer fugaz*, correspondencia de Capote, fija la fecha de esta noche de celebraciones en las que todos parecen reconocer a Maugham en una nave presta a zarpar: 26 de febrero de 1949.

En tal panorama, magnífico en sus pequeñas escenas, el más discreto y elegante entre los cientos de pasajeros ha de ser Bioy, que a esa altura ha publicado *La invención de Morel* y *Plan de evasión*, novelas tan notables e ignoradas por los viajeros de la flota como los cuentos de *La trama celeste*. En *El gran serafín*, de 1967, colección de extraordinarias y milagrosas historias galantes, el recuerdo transparente pasa a la literatura. En la primera parte de “Los milagros no se recuperan”, relato de fondo fantástico cuyo tema es la réplica y el estado de irrealidad, un tal Adolfo B. Casares cuenta a otro que en el *Queen Mary*, transatlántico de la compañía Cunard, encontró duplicado (o triplicado) a Maugham. Se puede creer, pues, que el episodio de la multiplicación es una fantasía dotada con un sentido de la comedia, hasta que se lee la siguiente nota del diario del autor, que alude a este cuento predilecto: “Cuando viajé, en 1949, entre Nueva York y Southampton, en el *Queen Mary*, viajaban en ese barco Somerset Maugham y una o dos personas idénticas a él. En la rada de Cherburgo pude ver a uno de ellos en la lancha que llevaba pasajeros al puerto y en el barco a otro.”

Así como se sospecha que el afortunado escritor británico integra la sala de primera clase (aunque Capote en carta críptica a Cecil Beaton recuerda a Maugham entre “cañerías y calderas”), nada se sabe de su réplica, advertida por Bioy en la presencia de un coronel retirado que pudo ser un personaje del propio Maugham. En el cuento, de partida, Adolfo B. Casares es sorprendido por el desasosiego al no hallar su nombre en

la extensa nómina de turistas, en la que aparece el verdadero Somerset Maugham. Era un riesgo, en esas estratificadas condiciones de navegación, no figurar en la lista del capitán, no ser más que un polizón, posibilidad que en la distribución de las identidades pudo recaer en cualquiera. Bioy encuentra, al fin, las “tres palabras mágicas”, comprendidas a pesar del error: “*Cesares, Mr. Adolfo B.*” Kerouac, no obstante su afición por los paseos al aire libre, acepta el reto de largarse de polizón (“estaba borracho”), pero la mujer de un amigo lo baja del trasatlántico: acaba pateando cajas en el puerto. El “atleta de la libertad” lamenta perder el segundo barco de su vida: “estaba destinado fatalmente a la carretera y a la indagación harapienta de mi país nativo con el loco de Neal Cassady”.

Con vestimenta de lino, en la senda de la pesquisa libresca y del ingenio razonado, Bioy se destinaba al diálogo con Borges, con quien tradujo, para *Cuentos breves y extraordinarios*, un fragmento —que titularon “El milagro”— de *A writer's notebook*, que Maugham estrenaba en 1949 (“Y no me canso de admirar la riqueza de su último libro”, dice Bioy durante el viaje a una falsa y lúgubre versión del autor). La coincidencia de los escritores en el *Queen Mary* es, con la perspectiva de tiempo, una operación milagrosa, o un plan literario para convocar enigmas. De regreso a Buenos Aires Bioy edita junto a Borges, en la colección El Séptimo Círculo, una novela policial cuya trama sucede en la travesía del *Queen Victoria*, otro barco de bautismo monárquico que viaja de Nueva York a Southampton con parada en Cherburgo. *El barbero ciego*, de John Dickson Carr, publicada en 1950, ridiculiza a los más distinguidos pasajeros, truculentos criminales, y con el narrador ya en tierra descubre —a través de la eficiencia lógica de un especialista en deducción— al culpable del secuestro de objetos absurdamente valiosos y replicados. Dickson Carr crea una ficción de itinerario marino como lo había hecho, en otra dirección y en otra historia cruzada, Henry James en *El punto de vista*.

Al igual que la aventura de Bioy, Maugham y Capote, el viaje de Dickson

Sólo perdemos lo que hemos olvidado. Lo que el ángel ha extraviado sigue estando allí. Podría verlo desde esa ventana, o atalaya, que tiene a su lado. Pero es incapaz de mirarlo. Los detalles de sus ciencias ocultan el panorama que podría restituirle una esperanza. Es incapaz de girar la cabeza hacia su derecha y mirar con los ojos desnudos, sin instrumentos, ni cálculos, el extraordinario paisaje del universo...

Un arco iris nocturno, un cometa de los que se acercan al mundo cada cien años, el mar y sus islas, el puerto desde donde podría iniciar un viaje. Las montañas, al fondo, a las que podría llegar y subir algún día.

Nada de eso alienta al hombre que quiso ser ángel (y que sólo logró ser un ángel caído). Permanece abstraído en el fiasco de sus ciencias y sus técnicas. Estafado por el poder de su razón que le robó la delicadeza de sus sentimientos. Fracasado.

Sentimos nuestra impotencia de espectadores. ¿Cómo podríamos llamar la atención de ese espíritu melancólico? Haría falta, de algún modo, entrar al grabado de Durero, poner una mano en el hombro del ángel y recordarlo. Indicarle el glorioso panorama en el fondo de la escena. Y decirle: mira hacia fuera y confía. Puedes volver a “sentir” el olor del viento, el color del cielo, el silencio de la noche. Puedes volver a experimentar la belleza y el terror del universo. La experiencia y el conocimiento pueden parecerse ahora seudónimos de la desilusión, le diríamos. Pero mientras seas capaz de oír siempre te quedará la poesía.

Levántate, sal y escucha el poema que te susurra el viento de la noche. Te señala la dirección de tu esperanza.

II. El ángel deja sus alas y sube

Es tiempo de explicarme
[–pongámonos de pie.
Me desprendo de lo sabido,
Empujo conmigo a hombres y muje-
[res, más allá, en lo Desconocido.
El reloj señala el momento –¿qué
[señala la eternidad?

Hasta acá hemos agotado trillones
[de inviernos y veranos,
Hay trillones por delante y trillones
[más adelante de ellos.

Tantos nacimientos nos dieron
[riqueza y variedad,
Y nuevos nacimientos nos traerán
[riqueza y variedad.

No llamo a uno mayor, o al otro,
[más pequeño,
Aquel que colma su tiempo y su sitio
[es igual a cualquiera.

[...]

Soy la cima de lo logrado, y abarco
[las cosas que serán.
Mis pies tocan lo alto de los altos
[de las escalas
En cada peldaño incontables eda-
[des, mayores con cada peldaño,
Quedan abajo, todas bien recorridas
[–y todavía subo y subo.

Atrás me reverencian los fantasmas,
[altura tras altura,
Allá muy abajo veo la primera gran
[Nada, sé que incluso estuve allí,
Esperé, siempre inadvertido, dor-
[mido atravesé la niebla letárgica,
Me tomó mi tiempo, pero no me
[dañó el fétido carbón.

Mucho tiempo me abrazaron, apre-
[tado –mucho, mucho.

Inmensos han sido los preparativos
[para mí,
Fieles y amistosos los brazos que
[me auxiliaron.

Los ciclos transbordaron mi cuna,
[remando, remando,
cual alegres boteros,
Para hacerme lugar las estrellas se
[mantuvieron aparte, en sus órbitas,
Enviando influjos para cuidar al que
[me aguardaba.

Antes de parirme mi madre, gene-
[raciones me guiaron,

Mi embrión nunca fue apático, nada
[pudo aplastarlo.

Para él la nebulosa amalgamó en
[orbe,
Para sostenerlo se apilaron los len-
[tos estratos,
Masas vegetales lo alimentaron,
Saurios monstruosos lo llevaron en
[sus bocas y lo depositaron,
con cuidado.

Tantos poderes se emplearon, ince-
[santes, sólo para completarme
y deleitarme.
Ahora, en esta cúspide me
[vergo con mi alma robusta.

(*Song of myself*, 44, Walt Whitman, traducción de C. Franz)

III. El viajero en la cumbre



Der Wanderer über dem Nebelmeer, de C.D. Friedrich.

Desde esta cúspide, con mi “alma robusta”, fortalecida por el viaje, vuelvo a sentir el mundo maravilloso, y terrible, que me creó y me trajo hasta aquí.

El ángel melancólico se puso de pie. Salió de su gabinete. Guiado por la voz del poema se internó en el panorama del fondo. Tuvo que andar, remar, escalar. Para este viaje las alas –del ingenio, del saber–, sus alas de ángel, no le servían. Fue necesario volver a ser un hombre de a pie, un simple caminante. Así cruzó el mar, trepó a las montañas.

Dejó abajo las “letárgicas nieblas” de la confusión. Subió y subió, sintiendo todo el esfuerzo que las edades del tiempo habían hecho para traerlo a esta época, transitoria. Llegado a las alturas, el hombre que no pudo ser ángel volvió a sentir el mundo...

Alzando la vista hacia un horizonte despejado sentimos cómo nuestra mirada se dilata, tal como se dilata el pecho con el aire puro y fresco. Abrazamos el paisaje con la vista y sentimos cómo el cosmos nos devuelve el abrazo. Experimentamos una nueva esperanza.

El viajero sabe que este es un triunfo momentáneo. Nadie más expuesto, más a la intemperie, que un hombre en la cumbre. Por eso mismo, nadie más sensible y vulnerable, también. Los montañistas expertos, tras semanas para conquistar una cúspide, permanecen sólo unos minutos en ella. Han llegado, también, al extremo de sus fuerzas. No podrían ir más allá. Necesitarían alas. Y las alas no son humanas. Tampoco es factible quedarse arriba. El clima puede cambiar enseguida y congelarnos. No hay refugio. Las verdaderas cimas son estrechas: no es posible morar en las alturas. Allá encima sólo cabe nuestra soledad.

El clímax no admite habitantes. Lo excelso no puede durar más que un momento. Enseguida hay que bajar, antes de que el frío, la falta de oxígeno —la atroz belleza—, nos aniquilen.

La paradoja permanece: la eternidad ha trabajado para traernos a un sitio donde no podemos quedarnos. Abajo, donde transcurre nuestra vida, somos ángeles caídos; allá arriba, donde no podemos vivir, es donde podríamos ser plenamente humanos. El misterio del universo perdura. Pero ahora no sólo lo sabemos, también lo hemos sentido.

Es triste bajar, pero más doloroso es no haber subido nunca. La esperanza trajo al viajero a la cima estrecha y efímera. Su consuelo, mientras baja, será haber subido.

Ángeles caídos, ojalá a todos nos fuera dado, una vez en nuestras vidas, alcanzar esa cumbre donde seremos, brevemente, humanos. —

— CARLOS FRANZ



Daniilo Kiš, entre Occidente y Oriente.

LITERATURA DANILO KIŠ: EL ARPA EÓLICA

A solas en un camino que data de la época romana y se sitúa a las afueras de su ciudad natal —el nombre no se menciona pero sabemos que es Subotica, la segunda urbe más importante de la provincia serbia de Vojvodina—, un niño de nueve años apoya el oído en el poste eléctrico de madera que junto con seis pares de cables constituye una improvisada arpa eólica; en lugar del zumbido de costumbre, sin embargo, el niño empieza a captar acordes de su futuro: su padre —deportado a Auschwitz al lado de otros familiares— nunca regresará y quedará reducido a una maleta con fotografías y documentos y *La guía yugoslava nacional e internacional de autobuses, barcos, trenes y aviones* redactada en 1938; el niño crecerá y se convertirá en escritor para rescatar “su turbio origen [...] penetrando en la remota historia y en los tiempos bíblicos”. Por espacio de veinticuatro horas, un cerebro humano yace en la nieve derretida que

cubre la intersección de dos calles en Novi Sad, la actual capital de Vojvodina; el cerebro, suerte de macabro cenotafio a la memoria histórica, pertenece al doctor Maxim Freud, un cirujano fusilado justo un día después de concluida la “razzia de Novi Sad”: la masacre presenciada por el niño del arpa eólica entre el 21 y el 23 de enero de 1942, es decir dos años antes de oír su futuro, y perpetrada a orillas de un Danubio que recibió los cadáveres de más de mil judíos y serbios de ambos sexos y distintas edades. En el verano de 1921, un hombre que surcará la primera mitad del siglo XX como un relámpago revolucionario con varias máscaras nominales se suma a la tarea de liquidar a los bandidos de la región rusa de Tambov; mientras cumple su misión es herido en el rostro con una navaja o un sable, lo que le confiere “el cruel sello del heroísmo” que lo emparenta con los otros héroes secretos recuperados no sólo por el niño del arpa eólica sino por Jorge Luis Borges, cuya influencia deviene una benéfica marca de agua. Una noche de 1919, un marinero pasea por la llamada Calle de las Muñecas en el puerto de Hamburgo y se topa con una

prostituta que, encerrada en su vitrina con la luz roja reflejada en sus gafas, lee con atención *El conde de Montecristo*: una estampa que constata que la literatura puede fungir como escape espiritual de un destino trágico vuelto castillo de If. En 1982, luego de consultar varios métodos, un exiliado ruso en París se suicida para constatar que el destierro es un yugo metafísico que únicamente logra romper la muerte. Un par de años atrás, en 1980, otro exiliado ruso pero en Nueva York había entregado un prólogo que acompañaría la edición estadounidense del octavo libro del niño del arpa eólica y que incluía uno de los elogios más fulgurantes de las letras contemporáneas: “En Danilo Kiš tenemos a un escritor cuyo talento es comparable al del mismo tiempo.” (El nombre del prologoísta, cabe decirlo, era Joseph Brodsky. El libro prologado: *Una tumba para Boris Davidovich*.)

A caballo entre la realidad histórica y la historia ficticia, un caballo que se mueve con igual soltura por la tradición literaria tanto de Occidente como de Oriente, Kiš (1935-1989) edificó una obra que representa una de las más valiosas búsquedas del tiempo mítico en el tiempo humano. Autor político preocupado siempre por explorar y nutrir una honda veta metafísica, llevó la fusión y confusión de géneros y esferas a nuevas alturas tal como se deja entrever en esta declaración de principios adjudicada a Ivo Andri –el Nobel yugoslavo, otra de las figuras tutelares de Kiš– en “La deuda”, uno de los siete relatos de *Laúd y cicatrices* (1994): “Escribir e investigar la historia: cosas estas que se mezclan y entrecruzan en mi obra de tal modo que no se sabe dónde empieza una y dónde termina la otra.” Investigar la historia: nacido en una Serbia cuya restauración como república soberana ya no atestiguaría debido al cáncer pulmonar que lo consumió a los cincuenta y cuatro años en París, Kiš tuvo una infancia marcada a fuego por la matanza de Novi Sad, la muerte de su padre y otros parientes a manos de los nazis y el exilio con su madre y su hermana mayor en Hungría, donde vivió hasta ser repatriado a Montenegro. Escribir

la historia: a través de seis colecciones de ensayos y entrevistas, cinco novelas, cuatro libros de cuentos, dos volúmenes de poesía y una obra de teatro, la tercera parte de lo cual se publicó en forma póstuma, el autor emprendió la reconstrucción –nunca mejor empleada esta palabra– de un pasado individual y colectivo hecho ruinas. Dos *nouvelles* editadas en 1962, *Ático* y *Salmo 44*, fueron seguidas por una empresa narrativa de gran alcance: el tríptico conocido como *Circo familiar* e integrado por *Jardín, ceniza* (1965), *Penas precoces* (1970) y *El reloj de arena* (1972). Mientras que los dos primeros libros trazan el retrato fiel de una niñez cimbrada por los sismos bélicos, haciendo gala de la habilidad estilística y la sutileza emotiva que se volverían la firma de Kiš, el tercero arma el rompecabezas del padre ausente acudiendo a un arsenal de técnicas –cartas y diarios, interrogatorios y relatos a la *nouveau roman*– que diseñan un *tour de force* cercano en varios brillantes momentos al discurso filosófico. (“¿Qué es lo que le permite al hombre obrar y vivir a pesar de la conciencia de la muerte, como si ésta no le concerniera, como si la muerte fuera un fenómeno natural?”, leemos en alguno de esos momentos.)

En la década de los setenta, la sensibilidad del autor –una sensibilidad que parece grabada con un buril finísimo en las cordilleras que recorren, como enormes cicatrices, la convulsa

faz balcánica– se agudiza aún más para engendrar otros dos títulos clave: *Una tumba para Boris Davidovich* (1976), la fabulosa reunión de cuentos que desató una polémica trocada en cacería de brujas por los *literati* yugoslavos, y *Lección de anatomía* (1978), la quinta y por desgracia última novela con la que Kiš responde lúcidamente los ataques de sus colegas. Trenzados con destreza de orfebre mediante personajes que encarnan el sino aciago del hombre frente a los juegos del poder, los textos de *Boris Davidovich* son la cara política de una moneda en cuyo reverso brilla *La enciclopedia de los muertos* (1983): colección de nueve relatos rematados por un *post scriptum* que con maestría borgiana idean un auténtico *melting pot* de tradiciones literarias, filosóficas y religiosas; un *melting pot* en el que también hay un elemento biográfico que *Laúd y cicatrices*, uno de los libros póstumos, refrenda al plantear las vidas no tan imaginarias de Ivo Andri y Ödön von Horváth. Consciente de su responsabilidad como intérprete de la historia y los mitos profundos, Danilo Kiš supo escuchar desde niño el sonido de un arpa eólica que le permitió entrar en contacto con “la satisfacción de narrar, que concede al escritor la engañosa impresión de estar creando el mundo y de, como suele decirse, estar cambiándolo”. –

– MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

EL TABACO EN LA UNIÓN EUROPEA

Se conocen los riesgos del tabaquismo y desde hace más de veinte años se establecen políticas públicas para reducir su incidencia. Sin embargo, así como George Steiner no entendía a la cultura europea sin la cultura paralela del café, quizá tampoco sea posible entender el *joie de vivre* de esa región sin la presencia del cigarrillo en la vida diaria.

Según el último reporte sobre consumo de tabaco coordinado por el Eurobarómetro de la UE y publicado en mayo pasado, una tercera parte de la población europea conserva el hábito de fumar. Grecia es el país con la mayor proporción de fumadores: el 40% de su población. Suecia y Finlandia son lo opuesto, con 16 y 21% respectivamente.

De acuerdo con estadísticas recabadas durante 2009, el fumador promedio europeo consume 14.4 cigarrillos diarios; los promedios nacionales van de 10 cigarrillos al día en Suecia a poco más de 21 en Grecia. Asimismo, entre los consumidores habituales en la UE, tres de cada diez han intentado dejar de fumar en el último año sin lograrlo. Y de estos, poco más del cincuenta por ciento lo han intentado en más de una ocasión. –



Las instituciones vs. los poderes fácticos en Argentina.

ARGENTINA NOTICIAS DE AYER

Si se piensa que Richard Nixon renunció a la presidencia de Estados Unidos por una investigación periodística de *The Washington Post*, bautizar como cuarto poder al poder de la prensa no sería una exageración o una impostura. Y si bien aquella investigación inauguró cierta época heroica, tiempo después se supo que las astucias y los enjuagues del ex presidente republicano ya habían sellado su destino político. Si a eso se le suma la vigilancia de los medios, que nunca soltaron la presa, la renuncia era sólo cuestión de meses o de días.

Esta introducción acaso sirva para ilustrar el caso argentino, donde el gobierno de Cristina Fernández está enfrentado a grupos monopólicos que atacan sin piedad, desde sus terminales informativas, a la administración de la primera mujer presidente del país. La democracia pospolítica —en la que parecen importar más las personas que las ideas— es una guerra entre corporaciones políticas, sindicales y empresariales que dicen tener ideología pero que juegan su permanencia en un campo de batalla donde el botín es la opinión pública... y la economía.

En América Latina las empresas periodísticas ya no son sólo empresas periodísticas sino corporaciones que cuidan sus intereses y arreglan, informan, niegan, sesgan o inventan de acuerdo con esos intereses y los de sus accionistas. El Grupo Clarín, convertido en bestia negra del gobierno, según el balance de 2008, facturó 2 mil millones de dólares, con ganancias de 500 millones más. Es cierto

que hasta el conflicto rural de marzo de ese año (cuando la administración criolla intentó aprobar una ley para subir las retenciones a la soja), las relaciones con el Gran Diario argentino, como se lo conoce, no habían conocido las rispideces que se desataron, con marchas y carteles denunciando los negocios del grupo, que operó —con éxito— en contra de la medida tributaria. Entre otras cosas porque uno de sus gerentes, además de tener millones de hectáreas sembradas con el grano de oro, es accionista de Monsanto y jefe de redacción de la sección agro del diario. Pero, nobleza obliga, hasta ese momento las relaciones entre los Kirchner y las autoridades de la empresa no eran del tenor de las que tenía Hugo Chávez con los medios venezolanos, muchos estatizados o expropiados. Sin embargo, desde entonces todo cambió. La política parlamentaria cambió (el vicepresidente Julio Cobos votó en contra de las retenciones, y sin renunciar a su puesto es hoy uno de los presidenciables con mejor imagen para las generales del próximo año, representando a la Unión Cívica Radical, de la que había sido expulsado por acompañar en la fórmula a la actual presidente). Y el escenario político, claro, también cambió, cuando en junio del año pasado Kirchner fue derrotado en elecciones provinciales por Francisco de Narváez, accionista de medios gráficos, radiales y televisivos.

El ex presidente encajó el golpe y, antes de que cambiara la composición de las cámaras legislativas, promovió la sanción de una serie de leyes que tuvieron la virtud de la oportunidad. Clarín controla las asociaciones empresariales ligadas a los medios de comunicación (televisión de aire, cable, radios, incluso extranjeros, la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP, es un ejemplo), además de revistas, agencias de noticias, diarios, repetidoras de televisión y el precio del papel de diario que, según parece, obtuvo gracias a negocios espurios con la última dictadura cívico-militar, al quedarse con el paquete mayoritario de la empresa Papel Prensa, en sociedad con el diario *La Nación* y una parte del Estado. Papel Prensa está siendo investigada por esas

maniobras. Pero el precio del papel de diario, que estrangulaba a los medios más chicos, que no podían competir con los grandes, es un negocio en vías de extinción. A continuación, el gobierno anunció “Fútbol gratis para todos”, quitándole al grupo una de sus principales fuentes de ingresos. La excusa fue la deuda que Clarín tenía con los clubs de fútbol, que cobraban los derechos de televisión de tanto en tanto, al punto que muchos evaluaban declararse en quiebra. Negociar con los señores de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), en su puesto desde la época de Jorge Rafael Videla, no fue problema. Y si no existía una declaración de guerra, a su manera la transmisión “estatizada” del fútbol cumplió ese papel.

La oposición política no reaccionaba, y en su desconcierto los que llevaban la contra eran los diarios masivos, que dejaban a los profesionales del parlamento como unos inútiles o como empleados de esos *holdings*. Fue cuando el gobierno volvió a golpear planteando la necesidad de cambiar la ley de medios de la última dictadura. A la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (parodiada como “ley de medios K”) se le podrá discutir su calidad de emisión cuando esté en funcionamiento, pero no su legitimidad parlamentaria. Por cierto, detenida su aplicación por una medida cautelar que ya está en poder de la Corte Suprema de Justicia, también supuso otros movimientos, como el intento del gobierno de armar un bloque de medios favorables a su gestión. Los cronistas conservadores sostienen que con la nueva ley “se escuchará más música nacional; pequeñas cooperativas tendrán más espacio para operar radios y canales, aunque podrían ser financiadas por publicidad del Estado o de los gobernadores y, tal vez, los canales de aire queden obligados a transmitir un partido de la Champions League europea porque participan argentinos como Carlos Tévez o Lionel Messi”.

Pero no sólo es eso, o eso es lo de menos. El problema de fondo es la economía. La nueva ley también impulsa el arribo de la telefonía al negocio del cable (internet, telefonía y televisión, o

triple play). Clarín pretendía quedarse con Telecom (en Argentina asociada a Telefónica) pero el gobierno, amparado por la nueva legislación antimonopólica, no hizo lugar, dándole entrada al mexicano Carlos Slim. El artículo 38.2 de la ley prohíbe, por ejemplo, que una misma empresa sea titular de un canal de televisión abierta y de un cable; tampoco que una empresa de cable posea más de una señal. Y eso pese a las airadas protestas de los argentinos, siempre generosos con sus compatriotas. ¿Será un monopolio por otro monopolio? Puede dudarse, la relación de fuerzas no autoriza una interpretación homogénea. Autoriza una interpretación política.

Pero para explicarse este sainete también hay que preguntarse qué unía a Kirchner con Clarín cuando todo era armonía. Porque si un gobierno tiene que defender los intereses de sus representados, una empresa tiene que defender sus intereses. La explicación del desastre que había dejado el presidente interino Eduardo Duhalde (que pesificó las deudas en dólares del Grupo Clarín) es conceptualmente pobre. Acaso Kirchner no pudo o no quiso regular la especulación financiera que siguió engrosando los paraísos fiscales. La política es un juego de toma y daca. Pero a las empresas monopólicas sólo la política puede limitarlas. Como los votos a la política. —

— PABLO E. CHACÓN

PERIODISMO

NO PUEDO CONTESTAR ESO

Entrevista con Tommaso
Debenedetti

Tommaso Debenedetti, protagonista del más reciente escándalo al interior de la prensa italiana, inventor de varias decenas de entrevistas con personajes famosos que jamás hablaron con él, apareció en línea con unos minutos de retraso. Nuestra entrevista para aclarar rumores y exponer motivos había sido concertada después de una seguidilla de correos que jamás perdieron el tono cortante: a través de internet, temprano por la

mañana un domingo de junio. Originalmente grabaríamos la conversación para subirla al sitio de internet como una videoentrevista, pero de último minuto Debenedetti decidió retractarse y sólo consintió que apareciera una transcripción del audio. Aquí, un fragmento de esa charla:



Entiendo que usted explica sus actos como un juego y una denuncia. Explíqueme qué era lo que denunciaba.

No, yo no quería denunciar nada. Y tampoco me la pasé bien. Más bien la pasé angustiado y bajo una gran presión. Si accedí a firmar las entrevistas fue por presiones externas.

Esto contradice por completo lo que explicó en una entrevista reciente. ¿Presiones externas de quién?

Sí, lo sé pero en esos momentos no estaba en libertad de ser cándido y hacer estas declaraciones. Insisto, he estado sometido a presiones externas de las que no puedo dar más detalles, sólo decir que fueron presiones ejercidas por grandes intereses.

¿Está diciendo que alguien lo obligó a fabricar esas entrevistas?

No puedo contestar eso. Sólo puedo decir que si las circunstancias hubieran sido distintas quizá no habría hecho lo que hice. Más bien habría escrito un largo poema sobre el asunto.

¿A qué se refiere con un largo poema?

Exactamente a eso: habría escrito un poema largo, en verso medido quizá, épico sin duda, que detallara el calvario por el que pasé. Sepa usted que no soy un aficionado; he publicado con pseudónimo más de un poemario y la crítica ha sido generosa en elogios.

Ah, eso no lo sabía. ¿Y me podría dar más pistas al respecto? Me gustaría leer sus poemas.

Sí, es difícil. No han sido traducidos y dudo que suceda. Prefiero no decir más sobre ese tema. Gracias.

De acuerdo. Acláreme una cosa: ¿las entrevistas las firmó usted sin estar del todo de acuerdo con el engaño?

LAS UNIVERSIDADES PRIVADAS

- De las más de mil seiscientas universidades privadas que hay en el país, la SEP reconoce la validez de planes educativos de sólo 588 instituciones.
- De acuerdo con información de la Dirección de Educación Superior Universitaria de la SEP, de 2000 a 2008 1,397 planes de estudios fueron rechazados, en tanto que 525 fueron cancelados.
- En ese mismo periodo, la SEP negó el Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios (Revoe) a 432 instituciones de educación superior, y se lo retiró a 99.
- La lista de Instituciones de Educación Superior privadas con más fracasos en la obtención de Revoes es encabezada por la Universidad Etac, con 73 solicitudes.
- En 2006-2007, el 44.9% de los estudiantes de licenciatura inscritos en una carrera de ciencias sociales y administrativas estudiaba en una universidad privada. En el caso de las carreras de ciencias naturales y exactas el porcentaje desciende al 5%.
- De los estudiantes de posgrado en el ciclo 2007-2008, el 49.3% estaba matriculado en una institución privada. Durante el mismo ciclo, el porcentaje de estudiantes de grado técnico superior matriculados en instituciones privadas era de sólo el 4.6%. —

Mire, se lo explico con una anécdota. Hace no mucho tiempo fui de vacaciones a un pueblo de la isla de Córcega. Ahí me topé con una señora que vendía fruta. Cuando estaba negociando con ella el precio de unas naranjas... o manzanas... de las frutas, pues, me dijo: "si uno se deslumbra —lo dijo en dialecto, con una palabra que quiere decir lampareado por el sol— es porque no está lloviendo". ¿Me entiende?

La verdad, no. Nada.

No veo por qué no. Está claro. No es un asunto de estar de acuerdo con engañar lectores o falsear declaraciones. Es algo más profundo y más peligroso. Estoy cansado, me han intentado amedrentar. Francamente estoy un poco asustado.

¿Ha pedido ayuda a las autoridades? ¿Está bajo protección policial?

Por favor, no sea ingenuo. —

— PABLO DUARTE